

Martes VII del TO Ciclo B



21 de mayo de 2024

St 4, 1-10

Sal 54

Mc 9, 30-37

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús va de camino a través de Galilea hasta Cafarnaúm y reitera la predicción sobre su destino que ya había hecho con anterioridad, aquella en la que Pedro se lo llevó aparte y Jesús lo reprendió duramente; pero esta vez lo hace en términos más generales, sin mencionar los poderes concretos que van a darle muerte. Pero los discípulos son refractarios a esta enseñanza. Les resbala, no les penetra; esta enseñanza y ellos son como el agua y el aceite: no hay forma de que penetre en sus corazones. Ahora Jesús no desea ser interrumpido, de ahí el viaje de incógnito. Esto muestra la importancia que atribuye a la formación del grupo, que deberá ser continuador de su misión. Les insiste en su destino, porque se trata de un punto capital¹.

«Les decía: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de ciertos hombres, y lo matarán...». «...sin embargo, aunque lo maten, a los tres días resucitará». Él intenta calmar la angustia de sus discípulos ante la perspectiva de una muerte sin combate ni gloria, inculcándoles que ésta no es una derrota, porque, al ser la expresión máxima de amor por el hombre, no pone fin a la vida, sino que da principio a una existencia gloriosa. La muerte no logrará suprimir la vida.

Sin embargo, el deseo de triunfo terreno que inspira las aspiraciones mesiánicas de los discípulos les impide aceptar lo que Jesús les dice. No les entra en la cabeza lo que Jesús les enseña, que la existencia de una sociedad nueva y justa, donde no haya dominio de hombre sobre hombre, sino servicio y entrega, no puede ser obra de un Mesías dominador.

«Pero ellos no entendían aquel dicho y les daba miedo preguntarle». La incompreensión de los discípulos es total. La enseñanza de Jesús es tan contraria a sus presupuestos, que son incapaces de entenderla; por otra parte, les da miedo preguntarle, pues vislumbran que la explicación echaría por tierra su expectativa de triunfo. Como su preocupación principal —**todavía**— no es la del servicio y entrega de la propia vida, sino solo el triunfo terreno y la gloria de su nación, no se interesan. Ellos, durante el camino, no se atreven a preguntar a Jesús por el significado de su predicción de su muerte-resurrección; pero ahora, en Cafarnaúm, sin tardar, él les pregunta. La inmediatez de la pregunta insinúa la urgencia y la importancia de la cuestión.

Los discípulos saben lo impropio del tema que han discutido por el camino: quién tenía rango superior o mayor categoría en el grupo (es decir, quién era el más grande). Ante la ausencia de respuesta Marcos mismo nos describe la ambición del grupo. El silencio delata que son conscientes de que Jesús no aprobaría sus aspiraciones y tienen miedo a su reacción. Pero **el camino** que propone Jesús no lleva a su triunfo terreno, sino a su muerte a manos de las autoridades de Israel. Jesús y los discípulos siguen dos trayectorias opuestas: sus puntos de vista aún no se encuentran.

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. II*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

«Entonces se sentó, llamó a los Doce y les dijo: ‘Si uno quiere ser primero, ha de ser último de todos y servidor de todos’». Jesús ha de llamar a los Doce: esa distancia de él significa que **no estaban con él**, pero no solo en sentido físico, sino espiritual: ellos están en «otro rollo». Ante todo, Jesús les advierte que han de renunciar a toda pretensión de preeminencia; no admite que alguno pretenda un rango **más elevado**. Va a enseñarles cuál es la verdadera grandeza y usa para ello la oposición: «*ser primero*» - «*ser último de todos y servidor de todos*». Los Doce ambicionan el puesto más elevado, cada uno quiere **estar por encima** de los demás. Jesús se sitúa en otra perspectiva, **la de la cercanía a él** («*primero*»), y afirma que el puesto de «*primero*» en la comunidad, es decir, el más cercano a él, no está reservado a un individuo o a un grupo, sino que lo ocupa todo aquel que, respecto a todos los demás, se haga último y servidor. **El término «primero» no denota así superioridad respecto a los otros, sino la cercanía a Jesús por la identificación con sus actitudes, con su corazón.**

«Y cogiendo al chiquillo, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo ‘Quien acoge a uno de estos chiquillos como si fuera a mí mismo, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, más que a mí, acoge al que me ha enviado’» Dentro de la casa donde están Jesús y los Doce, aparece otro personaje, «*el chiquillo*», término que, según los que saben griego, sirve para designar tanto a un simple chiquillo como a un criadito. En este pasaje tiene el segundo sentido: representa al pequeño sirviente de la casa. Esta «clase de chiquillos» posee una característica especial, además de la corta edad, es decir, la de «sirviente» o «servidor».

Jesús, sentado como está, coge al chiquillo. No necesita llamarlo como ha hecho con los Doce, ni tiene que moverse para alcanzarlo; el chiquillo está, por tanto, a su lado, «**está con él**». Es como si Marcos nos dijera que si la distancia de los Doce era figura de su diferencia de actitud con Jesús, la inmediatez del chiquillo significa, por el contrario, la identificación con su corazón: él es primero, él está cerca.

La figura del «chiquillo/criadito» cubre, por tanto, los dos aspectos enunciados antes por Jesús, los de ser **último y servidor**. En efecto: por su edad es un niño, uno que no cuenta en la sociedad; es «último de todos»; por su tarea es «servidor de todos». Su actitud igual a la de Jesús («último y servidor») le hace ser el primero, el más cercano a él y nos dice que la denominación «*el chiquillo*» es un modo de designar a los que siguen de cerca a Jesús, por haberse «*negado a sí mismos*»².

Al «chiquillo/criadito» que tiene su misma actitud, Jesús lo coloca en medio, en el centro, como punto de referencia; al que es «servidor de todos» lo pone así de ejemplo para el grupo de los Doce, que han discutido sobre «*quién era el más grande*»

Jesús se identifica con el chiquillo abrazándolo y nos dice que acoger a uno de tales «chiquillos» equivale a acoger a él mismo. El reconocimiento del pequeño como uno que reproduce la identidad de Jesús se debe precisamente a su actitud de **último de todos y servidor de todos**. Y por medio de Jesús, el seguidor, se identifica también con el Padre y lo hace presente. Porque la actitud de Jesús es la misma que la de su Padre. Aparece aquí, una vez más, el rasgo del Dios de Jesús: no es un Dios que domina al hombre sino que está a su servicio. Quien de alguna manera busca ponerse por encima de los demás está fuera del ámbito de Jesús y de Dios mismo.

² Cfr. Mc 8,34